El viaje de Sarmiento a España

Los *Viajes en Europa, Africa y América* (1849) [1] de Domingo F. Sarmiento han sido, en general, poco estudiados, sobre todo en lo referente a la parte española. Los libros sobre la vida y la obra del autor apenas si mencionan su visita a España en 1846, e ignoran lo que esa experiencia vital pudo significar para un joven escritor formado en el pensamiento de la independencia. Ricardo Rojas, siempre dolido por el *antiespañolismo* de Sarmiento, no habla para nada de ese viaje en su *Historia de la literatura argentina* y en *El profeta de la pampa* enuncia un juicio bastante negativo sobre esas páginas «triviales y ocasionales» ocupadas en la descripción de «el casamiento del duque de Montpensier que se realizó en Madrid cuando Sarmiento estuvo allí» [2]. A esas pocas palabras reduce Rojas las importantes circunstancias que enmarcan ese viaje: las bodas de la Reina de España, Isabel II, con su primo Francisco de Asís Borbón y las de su hermana, la Infanta María Luisa Fernanda con el hijo menor del Rey de Francia, duque Antonio de Montpensier. Sarmiento es un inteligente testigo de ese acontecimiento internacional y nada hay de trivial o simplemente ocasional en su valioso testimonio. Sobre la misma línea de Rojas, Alberto Palcos y José S. Campobassi se ocupan muy brevemente del viaje y sin conocer las circunstancias [3].

Los estudios particulares sobre los *Viajes...* Acopian una rica información con respecto a la parte italiana, francesa y norteamericana, pero apenas si se detienen en la parte española. Miguel Cané halla cierta belleza «en las duras e implacables» páginas de Sarmiento sobre España, pero no las estudia [4]; Julio Noé sabe que se trata de las

[1] La primera edición, en un volumen, se publica en Santiago de Chile, Imprenta de J. Belin, 1849; se reproduce luego en Chile, 1851, y en Buenos Aires, 1854. Las *Obras completas* de Sarmiento editadas bajo los auspicios del Gobierno argentino entre 1885 y 1902 recogen los viajes en el volumen V. Es la edición que yo manejo; a ella corresponden los números de páginas entre paréntesis que indico en el texto. En 1922 aparecen los tres volúmenes de la colección *Cultura argentina,* editorial Vaccaro, con prólogo de Julio Noé, que constituyen la edición más popular y de difusión más extensa. La mejor edición moderna es la de Hachette, Buenos Aires, 1955, a cuidado de Alberto Palcos. En las ediciones más recientes, a partir de las *Obras completas,* se ha modernizado la ortografía y se han corregido ciertos errores, quizá por indicación del mismo autor; el cambio más evidente corresponde al título: los Viajes *en* Europa se transforman en Viajes *por* Europa; y esa modificación la acepta Sarmiento como se advierte en el párrafo que transcribo al final del artículo.

[2] RICARDO ROJAS: *Historia de la literatura argentina.* Ver vol. 3, «Los proscriptos», Buenos Aires, Coni, 1920, págs. 325-326; la cita en el texto corresponde a su biografía de *Sarmiento. El Profeta de la Pampa,* Buenos Aires, Losada, 1945, pág. 276.

[3] ALBERTO PALCOS: *Sarmiento. La vida. La obra. Las ideas. El genio,* Buenos Aires, El Ateneo, 1929; José S. Campobassi, *Sarmiento y su época,* I, Buenos Aires, Losada, 1978.

[4] «Sarmiento en París», en *Prosa ligera,* Buenos Aires, A. Moen Editor, 1903, pág. 234.

bodas reales y que en ese momento coinciden con Sarmiento Alexandre Dumas, Théophile Gautier y Alfred Cuvillier-Fleury, pero deja para otra oportunidad la comparación entre esos testimonios [5]; Alberto Palcos, en el más reciente prólogo a la edición de Hachette, señala que «en ese mismo año» de 1846 viajaron también a España Alexandre Dumas y Théophile Gautier, pero no precisa que se trataba de las mismas fechas y por los mismos motivos [6].

Dos trabajos me parecen de valor insustituible aun cuando tampoco se ocupan de esa circunstancia concreta; me refiero al libro de Paul Verdevoye, *Sarmiento educateur et publiciste (entre 1839 et 1852),* que nos proporciona toda la información necesaria sobre los propósitos del viaje y sus características generales y al *Estudio preliminar* a la parte española de la mencionada edición de Hachette, en el que su autor, Norberto Rodríguez Bustamante analiza las ideas de Sarmiento sobre España en el contexto de su pensamiento total y del pensamiento argentino de su época [7]. Ni siquiera nombra las bodas reales, quizá porque no interesa a su propósito.

Tiene sentido, pues, estudiar ahora la parte española del viaje como lo hicieron Noël Salomon y Paul Verdevoye con la parte francesa [8], a la luz de las circunstancias en que se produjo y con el auxilio del *Diario de Gastos,* libreta de anotaciones donde el viajero consignaba en cada lugar los gastos de cada día aun aquellos que por muy personales suelen mantenerse en secreto [9]. Compararé, además, las impresiones de Sarmiento con las de Alexandre Dumas, Théophile Gautier, Amédée Achard, Alfred Cuvillier-Fleury y otros que ven en el mismo instante los mismos sucesos y los relatan y describen, sin embargo, de modo diferente.

La parte española de los *Viajes...* tiene características muy distintivas y en nada se parece a la parte francesa. Sarmiento no va a España para lograr objetivos políticos en relación con las luchas rioplatenses sino para comprobar, como en una dolorosa peregrinación a las fuentes, el origen español de los males americanos. En 1846 no ha salido todavía del clima espiritual que determinó, en 1845, *Facundo o Civilización y barbarie.* El boato de las ceremonias españolas que se celebran entonces contribuye a abonar su idea, compartida por tantos contemporáneos, de que España representa, en el contexto de la Revolución europea, aquellas fuerzas contrarias a la civilización que

---

[5] Prólogo a la edición citada de la editorial Vaccaro recogido luego como «Un libro de Sarmiento: Viajes por Europa, Africa y América», en *Nuestra literatura. Notas y estudios críticos,* Primera Serie, Buenos Aires, Compañía general de Librerias y Publicaciones, 1923, págs. 18-19.

[6] «Estudio preliminar» al primer volumen de Hachette; ver además «Un viaje de Sarmiento», *La Prensa,* Buenos Aires, 4 de octubre de 1942.

[7] El libro de Verdevoye, con excelente documentación bibliográfica se publicó en París, Institut des Hautes Etudes de l'Amerique Latine, 1963; el «Estudio preliminar» de Norberto Rodríguez Bustamante, en el segundo volumen de la citada edición, corresponde a 1957 ya que cada volumen lleva fecha diferente.

[8] Salomón, «Le Sejour de D. F. Sarmiento a Bordeaux en 1846 et sa suite...», en *Humanidades,* revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata, número de Homenaje a Sarmiento. La Plata, 1961; págs. 205-215; Verdevoye, «La estadía de Domingo Faustino Sarmiento en Francia a la luz del *Diario de Gastos»,* en el mismo volumen, págs. 223-238.

[9] «Diario de Gastos», Libreta llevada por Sarmiento en sus viajes, 1845-1847. Reproducción facsimilar. Estudio y ordenamiento por Antonio P. Castro, Buenos Aires, Museo Histórico Sarmiento, 1950 (Serie IV, Segunda Edición). Se reproduce en la edición de Hachette con correcciones hechas por Paul Verdevoye.

explican de algún modo la conducta en América de hombres como Juan Manuel de Rosas o Facundo Quiroga. No nos deja sobre ello duda alguna: «En los círculos de literatos que he frecuentado —dice— he encontrado el mismo espíritu, la misma llaneza, que haría amar al español por aquellos mismos que, como yo, *detestan todos sus antecedentes históricos y simbolizan en la España la tradición del envejecido mal de América.*» (184) En el Escorial halla el sepulcro sombrío de la libertad de pensamiento; en la corrida de toros adivina un acto ritual de origen remoto, que identifica con los *autos de fe,* en el que se manifiesta claramente el espíritu de la barbarie. La dicotomía civilización y barbarie opera también, como ocurría ya en el *Facundo,* en la psicología misma del autor. Sarmiento lucha para no dejarse ganar por el colorido romántico de las costumbres españolas; se confiesa sacudido, sin embargo, por el «sublime atractivo de los toros» (169).

La lectura del viaje a España, en contraste con la realidad que los otros viajeros observan, evidencia la portentosa facultad de Sarmiento de transformar en mito significativo todo lo que sus ojos perciben. Ya España queda desfigurada desde el juego verbal sostenido con su amigo chileno, ahora corresponsal, Victorino de Lastarria: *España* es *Aspaña,* una entelequia creada como símbolo de la tradición retrógrada que se asienta en elementos constitutivos, sanguíneos casi, del carácter hispánico. Por momentos, se propone escribir una *fisiología* al modo de las de Balzac [10], para investigar la razón de esa deficiencia; de allí las detenidas comparaciones con la anatomía y la fisiología: «Esta Aspaña que tantos malos ratos me ha dado, téngola por fin en el anfiteatro, bajo la mano; la palpo ahora, le estiro las arrugas, y si por fortuna me toca andarle con los dedos sobre una llaga, a fuer de médico aprieto maliciosamente para que le duela...» (147). En otro momento denomina a España «esta pobre enferma cuyo hondo mal médico alguno ha estudiado todavía» (181). Asocia analógicamente los enterramientos del Escorial con el Escorial mismo, «un cadáver fresco aunque hiede e inspira disgusto» (180). Pero hay otros elementos en esa constitución fisiológica que Sarmiento valora positivamente. Destaca, por ejemplo, como lo hace hacia esas fechas Donoso Cortés, la riqueza del fondo arábigo español; luego, en Marruecos, comprobará el arabismo de su propia hispanidad. Es por eso que Américo Castro recurre simultáneamente al testimonio de Sarmiento y al de Donoso Cortés en su interpretación de la *vividura* española como resultado del conflicto entre sangres y castas diferentes [11].

El viaje a España es así obra más literaria que documental. El contacto con la propia lengua ha hecho resurgir al gran mitólogo que transforma en símbolo cualquier detalle de la realidad vivida. Si la España del viaje parece por momentos un armazonado hueco, vacío de seres y de cosas, es porque así lo exige tan deliberado propósito; la falta de color torna transparente, como en una radiografía en blanco y negro, una pura raigambre de fuerzas interiores. Sarmiento huye del color pintoresco porque quiere ver en lo hondo y no en las ondulaciones cromáticas de la superficie.

---

[10] Ver Noel Salomón, «A propos des elementes *costumbristas* dans le *Facundo* de D. F. Sarmiento», en *Bulletin Hispanique,* LXX, juillet-decembre, 1968, págs. 373-398.

[11] *La Realidad histórica de España,* México, Porrúa, 1966; págs. 21-24.

Cuando un detalle colorido le atrae se corrige de inmediato con una generalización negativa. En Valencia, por ejemplo, advierte la policromía de la ropa campesina que le hace recordar el traje chileno, las mantas cordobesas y los ponchos mendocinos; ese recuerdo casi elegíaco se transforma de inmediato en una dura reflexión: «Os creeríais en Cuyo al ver a los paisanos de Minvielle [12], que nos quería hacer pasar a los españoles por gente, como don Bartolo a Fígaro a los ojos de Rosina. No le creáis una palabra; son como..., como nosotros, atrasados, sin ciencias y sin artes.» (188).

No es extraño que el viaje adquiera por momentos el tono de una peripecia dantesca, de un descenso al *Infierno* de la civilización iluminado por el resplandor lejano de las hogueras inquisitoriales y el más inmediato de las devastaciones carlistas. Larra es el guía. Sarmiento, que ha publicado ya en el *Mercurio* su entusiasta valoración de las obras de Larra, coincide con él en el análisis del estado de la Revolución en España, en detalles particulares y en la expresividad de las imágenes. Sarmiento creyó no estar solo en su crítica a la España tradicional, tan fustigada desde dentro por Larra y por otros liberales españoles; poco a poco, tras el contacto con los intelectuales de Madrid, advertirá su error. Sólo le queda como compañera la sombra querida de Larra [13].

No sabemos cómo hubiera reaccionado Larra ante esos festejos; pero las circunstancias del viaje se prestaban a la deformación satírica. El liberalismo progresista advertía entonces el resurgimiento casi fantasmal del *ancien règime:* el boato de la monarquía ocultaba la realidad de una España empobrecida. La exaltación casi idolátrica de la reina por un pueblo infantil y sincero en sus afectos disimulaba la corrupción política y la confabulación internacional que habían generado esos sucesos. La prensa francesa evidencia en este sentido un curioso doblez. Por un lado aprovecha el interés que despiertan las bodas reales para describir costumbres pintorescas, por el otro advierte encubierta bajo ese colorido una real paralización histórica. *L'Illustration* de París escoge el momento de las bodas para informar a sus lectores, patéticamente, sobre el método de ajusticiamiento conocido como *garrote vil* [14]. Parecida dualidad se advierte en los viajeros franceses que exaltan el pintoresquismo al mismo tiempo que lamentan la falta de higiene y de comodidades. Si las observaciones de Sarmiento parecen más duras que las de otros es porque se niega deliberadamente a mantener esa contradicción. El hispanoamericano padece en carne propia y en la carne de su país los embates de las fuerzas retrógradas que señala; además la especial calidad de su talento literario confiere a sus juicios una mayor eficacia expresiva. Su testimonio se impregna, como el de Larra, de un auténtico dolor personal. La llaga que tanto duele a esa *Aspaña* que ausculta es también llaga propia, originada quizá por la misma constitución fisiológica.

---

[12] Se refiere a Rafael Minvielle, escritor valenciano que residió en Argentina y en Chile y se relacionó con Sarmiento y con Lastarria.

[13] Además del artículo de Salomón, arriba citado, ver sobre Larra y Sarmiento el libro de Luis Lorenzo Rivero, *Larra y Sarmiento. Paralelismos históricos y literarios,* Madrid, Guadarrama, 1968 (Colección Crítica y Ensayo).

[14] *L'Illustration. Journal Universel,* París, 24 de octubre de 1846; págs. 21-24.

1. *Las bodas reales*

El viaje abarca desde el 3 de octubre hasta el 20 de diciembre de 1846; las bodas reales se celebran del 6 al 20 de octubre. Desde meses atrás, al conocerse la secreta tramitación del doble matrimonio, la prensa europea había comenzado a difundir noticias sobre España y sobre el carácter de esa alianza matrimonial. El embajador inglés, Henry Lytton Bulwer, se entera tarde y un poco por casualidad del triunfo de la estratagema de Guizot, que dio por tierra con la pretensión carlista de unir a Isabel con el conde de Montemolín, con la de la reina madre de imponer como consorte al conde de Trápani, su avejentado pariente napolitano, y con la inglesa de propiciar a un príncipe de la casa de Coburgo. Los ingleses parecían más dispuestos a aceptar a Montemolín o a cualquier candidato que no representara los intereses de Francia. La solución de Guizot ofende a Inglaterra, que retira por un tiempo a su embajador en España; en la propuesta de Guizot se advertía una clara maniobra en beneficio de la dinastía francesa. Al casarse Isabel con su primo que, según la prensa interesada, padecía de ciertas debilidades congénitas, era de esperar la falta de una sucesión legítima; en caso de morir los reyes la corona pasaría, con *ley sálica* o sin ella, al príncipe francés, consorte de la única heredera. La fecundidad del matrimonio desbarató esa conspiración diplomática [15].

Se temía para esos días de octubre un atentado carlista, quizá apoyado por Inglaterra, contra el príncipe francés; es por eso que se extreman las medidas de vigilancia que padece Sarmiento a la salida de Bayona. Según un testimonio que di a conocer en otra parte [16] el jefe de la policía, aquel trimestre célebre Francisco Chico asesinado por la muchedumbre en 1854, tenía una lista con los nombres de todo extranjero que habitara en casas o pensiones a lo largo de la ruta desde la entrada a Madrid hasta la iglesia de Santa María de Atocha. El *Journal des Débats* (12 de octubre) dice al referirse a la llegada de Montpensier a Madrid, que el público había desvirtuado con su benevolencia esas «sinistres predictions par les quelles on avait essayé d'entraver leur marche». Los atentados estaban a la orden del día. En el mes de septiembre, cuando Sarmiento se hallaba aún en París, se impidió un acto terrorista contra la familia real francesa: Juan Manuel de Rosas envía desde Buenos Aires un telegrama de congratulación. El 9 de octubre, la policía de Madrid detiene a un

---

[15] Ver sobre estos particulares Raymond Carr, *Spain: 1808-1936,* Oxford, Clarendon Press, 1966. En el *Journal des Débats* de los años 1845 y 1846 se detallan las laboriosas tramitaciones y se transcriben manifiestos políticos españoles y discusiones en el Parlamento inglés o en las Cortes, con datos que no he encontrado en otras partes. De todos los viajeros considerados en este trabajo sólo Théophile Gautier se hace eco maliciosamente de los rumores sobre la debilidad del principe. En «En Espagne. Les courses royales a Madrid», recogido en *Loin de París* (utilizo la edición de la Bibliotheque Charpentier, París, 1914) se lee lo siguiente: «L'infant don François d'Assise tenait entre ses jambes une grosse canne a pomme d'or, insigne de sa caste. *Detail caracteristique et singulier pour nous.*» (pág. 171).

[16] «Terence McMahon Hugues, hispanófilo y lusitanista irlandes del siglo XIX», en *Cuadernos hispanoamericanos,* Madrid, 239, julio de 1979, págs. 92-111. Hugues recibe la visita de Francisco Chico días antes de la llegada de los príncipes franceses, por el simple hecho de haber alquilado una habitación frontera a la calle por la que pasaría el cortejo.

conspirador que pretendía atacar con dos pistolas al duque de Montpensier; luego se quita importancia a ese hecho político atribuyéndose a un rapto de demencia [17].

A esas circunstancias ya novelescas, el pueblo español les agregaba un toque sentimental propio de los folletines en boga. La pobre reina casi niña era la víctima de espantosas maquinaciones internacionales; las embajadas, el ejército, los políticos, la clerecía y hasta la propia madre la entregaban, indefensa y contra su voluntad, a un príncipe falto de las energías necesarias para contribuir a su felicidad personal y, por ende, a la de su pueblo.

Sarmiento estaba al tanto, sin duda, de estos acontecimientos y de estas interpretaciones. Sabía que su visita a España coincidiría con un vuelco del interés internacional. Ni postergó su viaje ni alteró su itinerario. La oportunidad era excepcional para quien pretendía estudiar el comportamiento de un pueblo, y de paso, relacionarse con personalidades distinguidas de toda Europa. Quizá aspiraría a un lugar especial en los festejos como representante de Chile.

La única representación extranjera aceptada en las bodas fue, sin embargo, la francesa; los demás países europeos se abstienen de participar por oposición a la alianza concertada o por temor de disgustar a Inglaterra. Encabeza la comitiva de Francia el duque de Aumale, hijo mayor de Luis Felipe, que ya en tierras de España cederá el primer lugar a su harmano menor, el duque de Montpensier. Alexandre Dumas viaja como embajador cultural, con credenciales del Ministerio de Educación y la corresponsalía del diario *La Presse.* Sus impresiones sobre las ceremonias, publicadas luego como *De París a Cadix,* llegan a *La Presse* incompletas y con demora; ello origina un famoso pleito. Dumas acababa de obtener, en 1846, un triunfo internacional con *Le Comte de Monte-Cristo* (1844-1845) y estaba trabajando, con el auxilio de Auguste Maquet, de quien ya se decía que era el verdadero autor de sus novelas, en *José Bálsamo.* Lo acompañaban en el viaje el mismo Maquet, el pintor Louis Boulanger, ilustrador de sus obras y de las de Víctor Hugo, y un doméstico «son fidèle serviteur abyssin, Eau de Benjoin, dit Paul» [18]. El hijo de Dumas, futuro autor de *La Dame aux Camélias,* que tiene entonces veintiún años, se une al grupo poco después de la salida de Francia [19].

La Presse manda también con credenciales a Théophile Gautier, autoridad reconocida en costumbres españolas desde la publicación de *Tras los montes* (1843). Recogerá sus nuevas observaciones bajo el título *En Espagne; les courses royales à Madrid,* en 1847 [20]. Amédée Achard, periodista, novelista y autor dramático, represen-

---

[17] *Journal des Débats,* 14 y 15 de octubre de 1846.

[18] «Introduction» de François de Clermont-Tonnerre, a la bella edición de *De París a Cadix et à Tunis,* París, Les Amis de l'Histoire, 1969, pág. 7. La primera edición del libro, *Impressions de voyage: de París à Cadix (1847),* París, Garnier, 1848, no existe en las bibliotecas que he consultado; de modo que cito por la edición de *Les amis de l'Historie* cada vez que me refiero a la obra de Dumas.

[19] Sobre los detalles concretos del viaje, ver el estudio de Jean Sarrailh, «Le voyage en Espagne d'Alexandre Dumas Père», en *Bulletin Hispanique,* XXX, 4, octubre-diciembre, 1928, págs. 237-289.

[20] Gautier publica en *La Presse,* 14 de octubre de 1846, la carta a Emile de Girardin que debía constituir, con las que le seguirían, el relato de su viaje. Suspende la publicación en *La Presse* quizá por solidaridad con Dumas; el resto del viaje aparece en *Musée des Familles,* diciembre de 1846 y enero de 1847. Del texto del *Musée* se hace una tirada aparte con el título en la portada *Les fêtes de Madrid à l'occasion du mariage de*

ta a *L'Epoque;* en 1847 publicará su viaje como *Un mois en Espagne* [21]. Por último, el maestro del Duque de Aumale, Alfred Auguste Cuvillier-Fleury trae la representación del *Journal des Débats;* debe ser el autor, o al menos el responsable, de las detalladas crónicas que allí aparecen y que yo uso constantemente. Por ser consejero del Duque de Aumale su testimonio refleja mejor la opinión de la nobleza. Recoge luego sus notas en *Voyages et voyageurs* (1856) [22].

Están de algún modo relacionados con esa comitiva, aunque viajan por separado, algunos pintores comisionados por los museos y por los diarios franceses para pintar o dibujar, con destino al grabado, las escenas de los festejos. Ya he citado a Boulanger, uno de los buenos conocedores de la recién descubierta escuela española de pintura, en especial, de Goya [23]. Karl Girardet, hijo de una ilustre familia de artistas suizos, dibujará esas escenas para *L'Illustration* de París; esos dibujos, grabados por H. Valentín, aparecen en la revista del 10 al 24 de octubre [24]. Pharamond Blanchard, ex colaborador del barón Taylor en la evolución y compra de las riquezas arttísticas de España incorporadas desde 1835 a la colección particular de Luis Felipe, trae el encargo de pintar óleos para el Museo de Versalles [25].

Girardet y Blanchard viajan en la misma diligencia que Sarmiento; se convierten en sus amigos y lo acompañan en algunas de sus andanzas por Madrid. Son sin duda responsables, en parte, de las observaciones de Sarmiento sobre arquitectura, pintura o valores plásticos de escenas y de trajes. Sarmiento llama a Girardet «pintor delegado por *L'Illustration»;* con él hace la excursión nocturna a la catedral de Burgos. Parece más íntima, sin embargo, su relación con Blanchard, facilitada, sin duda, por el conocimiento que Blanchard tenía del español; Sarmiento lo califica como «un amigo francés» y se refiere a él más extensamente:

> «Afortunadamente, M. Blanchard, enviado por Luis Felipe para bosquejar los grandes actos del drama de Madrid para las galerías de Versalles, conocía mejor que yo y gustaba más que yo de aquella lengua de que (el cochero) le daba detalles y muestras encantadoras. M. Blanchard, gran admirador de España, había residido muchos años como agente secreto para la compra de cuadros de la escuela española,

---

S.A.R. le duc de Montpensier. Ese trabajo se incorpora, desde 1852, a *La Peau de Tigre,* bajo el título *En Espagne, octobre 1846.* Por último, en 1865 se recoge definitivamente en *Loin de Paris,* obra ya citada, con el título que figura en el texto. (*Histoire des Oeuvres de Theophile Gautier par le vicomte de Spoelberch de Lovenjoul. Charles de Lovenjoul*). París, G. Charpentier et Cie., 1887, tome premier, págs. 338-345 y especialmente 358-359). Este viaje de Gautier, muy poco leído, suele confundirse con *Tras los montes,* 1843.

[21] *Un mois de Espagne (Octobre 1846) par Amedée Achard, orné des portraits de* LL.AA.RR. *le Duc et la Duchesse de Montpensier,* paris, Ernest Bourdin, 1847; libro muy difícil de conseguir. He leido el ejemplar de la Biblioteca de Harvard University y por él cito. Tiempo después Achard reescribe parte del viaje y le agrega nueva información en *Un tour en Espagne. L'Escorial, Tolede, Aranjuez* aparecido en *La Vie errante,* París, E. Dentu, 1860.

[22] Utilizo la edición de *Voyages et voyageurs: 1837-1854,* París, Michel Levy, 1856.

[23] Véase, al respecto, el excelente libro de Ilse Hempel Lipschutz, *Spanish Painting and the French Romantics,* Cambridge, Harvar University Press, 1972; especialmente págs. 107-108.

[24] RENE BURNAND: *L'Etonnante histoire des Girardet, artistes Suisses,* Neuchâtel, Editions de la Baconniere, 1940.

[25] LIPSCHUTZ, *op. cit.,* pág. 123 y, en general, *Chapter V.*

viajado con muleteros seis meses en los puntos más salvajes de la España, sido desnudado, aporreado y saqueado cinco veces; grande taurómaco, podía darnos mil detalles picantes de las costumbres españolas que no están escritas en libro alguno» [150].

Sarmiento y Blanchard asisten juntos a la llegada de los príncipes franceses:

«M. Blanchard, pintor de historia y que había venido desde París para reproducir estas escenas, ha sacado en sus bosquejos admirable partido de las vestimentas antiguas de terciopelo rojo que llevaban los maceros y de los trajes de ceremonia de los diversos personajes góticos, por no decir mitológicos, que figuraban en esta escena» [158].

Girardet y Blanchard eran los artistas más importantes de la delegación francesa; en las crónicas del *Journal des Débats* aparecen siempre en las recepciones oficiales en primera fila. Pero hay también ptros pintores de menor renombre que se unen a la misma comitiva. Alexandre Dumas relata el encuentro, en la Plaza Mayor, con dos amigos pintores, uno de ellos vestido de majo y con carabina a la espalda, que han recorrido poco menos que a pie el trayecto antre Andalucía y Madrid. Se trata de los artistas Eugène Giraud y Adolphe Desbarrolles, quienes en 1855 publican las impresiones de ese viaje [26]. Sarmiento debió conocerlos personalmente o por muy detalladas referencias de Blanchard, ya que sabe sobre ellos pormenores ignorados hasta la aparición de ese libro en el citado año. Dice Sarmiento:

«Dos artistas franceses acaban en estos días de recorrer las montañas de la Ronda atravesando en mula el reino de Murcia y continuando a pie su excursión desde Sevilla a Madrid sin haber tenido la felicidad de ser atacados por bandidos, como se lo habían prometido, a fin de descargar las carabinas de que se habían provisto, o tomar las de Villadiego según lo aconsejase la gravedad del caso» [151].

Ninguno de los escritores y artistas citados recuerdan sus encuentros con el viajero argentino; todo esto ocurre meses antes de la aparición en la *Revue des Deux Mondes* del artículo de Charles de Mazade sobre el *Facundo* [27]. Quizá resurgieron esos recuerdos, años después, cuando el ocasional compañero de viaje se convierte en el presidente de la República Argentina.

---

[26] *Deux artistes en Espagne* par Adolphe Desbarrolles, illustré par Eugene Giraud, París, Gustavo Barba, 1847. Se trata, en verdad, de un número especial, el número 27, del *Panthéon Populaire Illustré,* revista especializada en publicar extensos trabajos con grabados, sobre arte o asuntos de general interés. Desbarrolles, a quien Dumas y Achard llaman *Desbarolles* (y así figura en algunas enciclopedias y catálogos) cita constantemente las obras de Dumas, Achard y Gautier y justifica el dejar de lado todo lo referido a la estancia en Madrid, incluso la corrida de toros, por no poder competir con la pluma de los otros viajeros. En un grabado se ve a Desbarrolles con ropa típica y carabina a las espalda; y en otro a Dumas vestido de andaluz.

[27] «De l'Americanisme et des republiques du Sud. La société argentine, Quiroga et Rosas. (Civilizacion i Barbarie de M. Domingo Sarmiento)», en *Revue des Deux Mondes.* París, 1846, vol. 16, serie 5 (Nouvelle serie), págs. 625-629.

2. De Bayona a Madrid

La diligencia en que viajan Sarmiento y los pintores franceses sale de Bayona el día 3 de octubre a la madrugada. Se justifica la salida a hora tan temprana; los príncipes habían retenido todos los carruajes a partir de cierta fecha para transportar a su considerable séquito; Gautier tiene que anticipar su viaje [28]; Dumas no encuentra servicio disponible y alquila entonces un destartalado carruaje particular. Como los príncipes se van demorando debido a las fiestas que se organizan a su paso, las carrozas y las diligencias se entrecruzan en algún momento en el camino. Gautier ve en Burgos el paso de la carroza del embajador francés, horas después de haber salido de la ciudad la diligencia de Sarmiento [29]. Dumas llega con mucho retraso dadas las condiciones de su transporte [30]. La diligencia en que Sarmiento viaja parece adornada especialmente con motivo de las festividades; no creo que las borlas, moños de colores y arreos de taracea con que están engalanadas las diez mulas que las arrastran fuesen adornos habituales en las diligencias ordinarias. El mayoral, «en traje andaluz y con chamarra árabe» [149], debía estar también ataviado para esas circunstancias. Podríamos rescatar del olvido a ese mayoral se pudiéramos antes comprobar que es el mismo *mayoral de diligencia* que Girardet dibuja para *L'Illustration* en una nota gráfica aparecida una semana después. El dibujo tiene características de retrato y la ropa se parece a la descrita por Sarmiento [31]. En su irónica descripción del carruaje, recurre Sarmiento al recuerdo de *La diligencia* de Larra; ambos autores se refieren a los turistas franceses ansiosos de encontrarse con bandoleros.

A la hora del almuerzo del día 3, los viajeros llegan a Irún, según el *Diario de Gastos*. Horas después, en el camino a Vitoria, los detienen algunos agentes municipales para revisar los equipajes. Observa Sarmiento que de ese modo se desvirtúa, en pleno País Vasco, el sentido de la libertad de los vascos y su defensa de los fueros. El texto remite otra vez a Larra, ahora a *nadie pase sin hablar al portero y los viajeros en Vitoria*. Aunque no aparezcan indicios demasiado claros, la situación en ambos escritos es idéntica y muy parecido el tono de las reflexiones. Los viajeros están en Vergara durante la noche del día 3; Sarmiento alude al *pérfido abrazo* celebrado allí entre Espartero y los carlistas. En la enredada madeja de la política española, Vergara constituye un punto de distinción entre progresistas y demócratas. Sarmiento coincide, quizá, sin saberlo, con el pensamiento de los demócratas, que denuncian el acuerdo de Vergara como una traición al liberalismo.

El día 4 por la mañana, la diligencia recorre el camino entre Vitoria y Castilla la Vieja. Otros viajeros ven en ese mismo lugar los preparativos que hacen las poblaciones para recibir a los príncipes. Ve Gautier la arquitectura de las casas, los escudos de armas pintados en sus frentes, los balcones de reja, las ropas y los faustos; usos todavía no contaminados —dice— por la funesta civilización que se inició con

---

[28] GAUTIER: *op. cit.*, pág. 144.

[29] *Ibíd.*, pág. 154.

[30] DUMAS: *op. cit.*, págs. 33 y 55.

[31] *Types espagnoles*, 10 de octubre de 1846, pág. 189.

la invención de la imprenta [32]. Sarmiento, que no considera funesta la civilización, observa, en cambio, el paisaje vasco y castellano como una tierra deshabitada y desértica. Ningún árbol cobija esa superficie terrosa surcada de pequeñas aldeas y de murallas derruidas:

> «Apenas si se observa —dice— una población pasablemente atrasada que coge castañas en los bosques, siembra maíz y patatas, y vive tranquila en sus montañas sin placeres y sin penas. De tiempo en tiempo se avistan las tostadas ruinas de alguna aldea saqueada y arrasada durante la guerra de los carlistas.» (153)

Sus ojos están cegados ya para los detalles ajenos a su intención simbólica, que crece a medida que la diligencia avanza. A la hora de la cena, arriban los viajeros a Burgos; el *Diario de Gastos* registra el pago de esa comida. Ya avanzada la noche, Sarmiento, Girardet y un acompañante visitan la catedral; Girardet explica las características arquitectónicas del templo. En plena oscuridad, los viajeros palpan los relieves del artesonado y las estatuas de los apóstoles. Las sombras contribuyen a dar a esa excursión nocturna un aspecto casi fantasmal. El guía ilumina a la luz del reverbero el arco de Fernán González y los trofeos del Cid. Sarmiento cree distinguir, desde las almenas de las murallas, las tiendas de la morisma y los reales de los caballeros. Esta experiencia funambulesca pone a Sarmiento, antes de entrar en Madrid, en contacto con el mayor símbolo de la grandeza castellana; en el resto del viaje contrastará esa grandeza con la decadencia actual. El escritor parece realmente exaltado: «Yo no recuerdo excursión alguna que me haya llenado como la de aquella noche de tan vivas emociones». (155).

La impresión de Burgos es tan sobrecogedora que invade a Sarmiento un sueño romántico del que debe defenderse. Vuelve los ojos a la realidad, y casi sin transición opone esa grandeza a la mendicidad en Burgos. La consideración, tan extensa, sobre los mendigos, debe reflejar ideas de una conversación con los franceses; días después aparece en *L'Illustration* una nota sobre los mendigos españoles en que se repiten parecidas ideas. Creo que es Girardet mismo el autor de esa nota y de las otras que acompañan a los grabados, pues no hay otro periodista que represente a *l'Illustration* durante esas celebraciones [33]. La mención de los mendigos trae de nuevo la reminiscencia de Larra, esta vez de *Modos de vivir que no dan de vivir*. Parece de Larra la alegoría con que se cierra esta primera etapa del viaje: España es un mendigo con el pobre cuerpo vestido de remiendos; uno rojo que significa *constitución;* otro, verde, que simboliza la *libertad;* uno, amarillo, para la *civilización*. Al llegar a Madrid, Sarmiento piensa que esas bodas reales son un remiendo más en el mismo cuerpo descarnado. (157)

La visión nocturna de Burgos contrasta con la descripción de Gautier que visita la catedral a la mañana siguente y a plena luz, como para gozar mejor de sus bellezas artísticas. Los príncipes llegan a Burgos en ese mismo momento y retardan su salida

---

[32] GAUTIER: *op. cit.*, pág. 147.

[33] Ver la nota citada sobre tipos españoles. Cuvillier Fleury se extiende también sobre los mendigos, *op. cit.*, pág. 37. Achard, *Un mois en Espagne*, págs. 50-51, visita Burgos de noche y describe la catedral a la luz de unas velas; no ve mendigos ni hace referencia a la mendicidad en España.

de la ciudad para visitar también la catedral. Todos debían sentir, como Sarmiento, que residía allí el alma del valor castellano; la visita de los príncipes constituye un acto de reverencia ante tal valor. [34] En la tarde del 5, la diligencia parte para Madrid; los príncipes piden a Gautier que los acompañe a pasar la noche en Buitrago, en propiedades del duque de Osuna.

3. En Madrid

Los viajeros llegan a Madrid entre la noche del día 5 y la madrugada del 6. El día 6 figura en el *Diario de Gastos* el pago del transporte del equipaje a la casa de Manuel Rivadeneyra, el impresor catalán a quien Sarmiento había conocido en Chile [35]. Debió trasladarse de inmediato a casa de Rivadeneyra; los pintores franceses se hospedarán en la *Fontana de oro,* hotel, fonda y librería de otro súbdito francés, M. Monnier. En los días siguientes llegan los demás viajeros; Gautier está en Madrid el mismo día 6, el 7 baja Cuvilier-Fleury de los baños termales en los Pirineos, según el *Journal des Débats* (14 de octubre). Se consigna la noticia, en el mismo número del periódico, del arribo del economista inglés Richard Cobden el 9 de octubre.

Dumas entra en Madrid a altas horas de la noche del 8; no encuentra ya alojamiento disponible. Decide recurrir a Monnier y golpea intempestivamente la puerta de la *Fontana de Oro.* Monnier asoma su cabeza, con gorro de dormir, desde una ventana del segundo piso y al oír el nombre del viajero baja gritando: «Nôtre Alexandre Dumas». Informa a Dumas que la fonda está llena y que en el cuarto principal se hospedan Blanchard y Girardet. Dumas se manifiesta amigo de ambos pintores y pide subir al cuarto; tras los abrazos y salutaciones pertinentes, Dumas comparte el cuarto con los pintores, que dividen las zonas con un trazo de tiza sobre el piso. Por todas partes se ven ya lienzos a medio pintar y dibujos, de modo que entre la entrada de los pintores y la de Dumas se interpone, por lo menos, una intensa jornada de trabajo. Creo, pues, fuera de toda duda que es exacta la afirmación de Sarmiento, en el prólogo a *Recuerdos de Provincia,* de que Girardet y Blanchard le presentaron a Dumas [36]. Pudo ello ocurrir cuando Sarmiento vuelve a reunirse con sus amigos y pasa así necesariamente por la fonda.

El cortejo de los príncipes se anuncia para el 6 de octubre a la mañana, pero llega a las dos y media de la tarde; la demora crea cierta aprensión oficial y rumores públicos. Gautier se ha separado del cortejo y observa la llegada desde la Puerta de Bilbao [37]; Sarmiento y Blanchard están muy cerca del Ayuntamiento, desde donde ven la salida de los coches y caballos que conducen a las autoridades al encuentro de los

---

[34] *Journal des Debats,* 15 de octubre.

[35] Sobre Rivadeneyra y sus viajes a Hispanoamérica véase la «Noticia biográfica de don Manuel de Rivadeneyra» que escribe su hijo Adolfo como prólogo a los *Indices generales* de la *Biblioteca de Autores españoles* compuestos por don Isidoro Rosell y Torres. Madrid, M. Rivadeneyra, 1880, págs. V-XXIII.

[36] DUMAS: *op. cit.,* págs. 53-57. Achard describe minuciosamente el cuarto que comparten Dumas y los pintores, en *op. cit.,* págs. 197-199. La referencia de Sarmiento en *Obras completas,* vol. III, pág. 212.

[37] GAUTIER: *op. cit.,* pág. 159.

Príncipes. *L'Illustration* recoge en un grabado el dibujo de Girardet, en que se fija la escena de ese encuentro entre españoles y franceses [38].

El *Journal des Débats* (12 de octubre) describe la recepción con la objetividad periodística posible en un acto de tanta importancia nacional. Los príncipes entran a caballo y a caballo los reciben el alcalde de Madrid y un séquito de nobles y de generales, mientras la multitud aplaude con entusiasmo. Los balcones de los alrededores están «chargés de femmes qui agitaient leurs mouchoirs et cherchaient avidement des yeus le futur époux de leur jeune infante». Gautier proporciona una vibrante descripción de la escena; le atraen las carrozas adornadas, los ligeros *cabriolets* y la vistosa caballería; sobre todo le impresiona el colorido de los uniformes militares que hacen del ejército español de ahora, en relación con el que conoció en 1840, el mejor vestido del mundo. Esos son los uniformes que Sarmiento califica excesivamente de *góticos,* de los que tan buen partido ha sacado, según nos dice, el pintor Blanchard. También ve Gautier los balcones atestados de mujeres que saludan con gestos y con pañuelos. Sarmiento observa lo mismo, pero para concluir que de parecida manera se saludaba desde esos balcones el paso de las víctimas a las hogueras de la Inquisición. Además, Gautier escucha el bullicio de la multitud; la gente grita alborozadamente; las mujeres expresan a viva voz su admiración por el apuesto Montpensier, a quien llaman *Tonito* (por Antonio) y a quien califican de *guapo, bonito, buen mozo* [39]. Sarmiento no oye alabanzas ni signos de descontento: «Durante la marcha del cortejo en las calles —dice— el numeroso gentío que las flanqueaba en espesas líneas guardó el más profundo silencio, sin que la circunspecta gravedad castellana se desmintiese un solo momento». (158) Es curioso cómo tan simple detalle aparece usado en los distintos autores con un claro sentido ideológico. El demócrata Wenceslao Ayguals de Izco pinta al mismo público, en *La marquesa de Bellaflor,* que mira con reprobación, y en silencio, el boato pagado con el fruto de su trabajo [40]. Cuvillier-Fleury advierte que la muchedumbre no grita nunca en esa España monárquica y eso le parece bien; se saluda con pañuelos y con sombreros, pero silenciosamente: «Cést ainsi que se fait une démonstratrion monarchique». [41].

El 8 de octubre se firman las convenciones matrimoniales en el Palacio Real; sólo asisten muy pocos invitados. Ese día, por la tarde, debió ocurrir el encuentro de Dumas con Giraud y Desbarrolles; Dumas choca inesperadamente también en las calles de Madrid con Théophile Gautier. Blanchard acompañaba ya por entonces a la comitiva de Dumas. Sarmiento podía estar entre ellos en el momento mismo en que aparecen, con sus disfraces andaluces, los pintores franceses. La tarde de ese día se celebraron las corridas de toros de la Plaza de Alcalá a las que Sarmiento concurrió, según el *Diario de Gastos.* Pagó dos entradas; debió ser acompañado o por Blanchard o por Rivadaneyra, que según el testimonio de su hijo gustaba mucho de esa fiesta.

---

[38] «Fêtes de Madrid», 24 de octubre. Se publican varios grabados, entre ellos el que nos interesa, págs. 119-122.

[39] GAUTIER: *op. cit.,* pág. 162.

[40] Madrid, Sociedad Literaria, 1848; pág. 320.

[41] CUVILLIER-FLEURY: *op. cit.,* pág. 109.

La Puerta del Sol, antes del Ensanche. (Fotografía anónima de 1859.)

Debe tratarse de la corrida que Dumas describe por extenso y que Cuvillier-Fleury confunde algo con las corridas reales del día 16 [42]. Esa noche, Dumas y su comitiva cenan con Gautier en el restaurante de Hardy; Sarmiento asiste en el Teatro del Príncipe a la representación teatral de una comedia, quizá una de las que menciona en la carta a Lastarria.

Dumas, Girardet y Blanchard saludan a los reyes a la mañana siguiente, según la noticia del *Journal des Débats* (15 de octubre):

> «Madrid, le 9 d'octobre. Ce matin, après le djeuner, auquel avaient été invités MM. Théophile Gautier et Amédée Achard, LL. AA. RR. ont reçu plusieurs espagnols de distinction et successivement M. Alexandre Dumas, MM. Karl Girardet et Blanchard, peintres français, chargés para la direction des Musées royaux de Paris de reproduire les diverses scènes du mariage de la Reine et celui de S. A. R.».

Esa tarde ocurre el frustrado intento de asesinar a Montpensier, que debió conmover mucho a la población madrileña. El *Journal des Débats* (14 y 15 de octubre) da el nombre del extremista, capitán Olivarría; pero ese nombre no vuelve a aparecer y al día siguiente se cambia la historia. Un hermano del maestro de dibujo del Infante don Francisco, conocido por sus ataques de demencia, fue detenido por la policía en el momento en que pretendía blandir dos pistolas contra el príncipe francés. Los representantes de Francia cenan esa noche en la embajada donde los príncipes reciben hasta medianoche a los dignatarios extranjeros. Sarmiento no está entre ellos, porque el *Diario de Gastos* registra para entonces una entrada al *Circo;* supongo que debía tratarse del Teatro del Circo, donde se representaban óperas italianas.

La mañana del 10 desayunan con los príncipes de los dos Dumas, Maquet y Boulanger. Ese día se realizan las ceremonias de mayor importancia. Las bodas se celebran a las 9 de la noche, con todo Madrid iluminado. Así los describe el *Journal des Débats* (15 de octubre): «Les palais et tous les edifices voisins étaient illuminés, et une foule immense stationnait dans les cours et jusque sous la vestibule de la Reine». Las luces forman alegorías e imitan la estructura de palacios, abanicos o pabellones chinos [43]. Sarmiento observa:

> «La iluminación de palacios y calles tenía cosa de fantástico y de grandioso. Las innumerables antorchas de cera esparcían una severa y solemne claridad sobre las tapicerías franjeadas de oro y plata, al mismo tiempo que algunas imitaciones de edificios góticos diseñaban a la distancia sus torrecillas y ojivas por medio de innumerables luces de color.» (160).

Mientras tanto, en el interior del Palacio, en la Sala del Trono, se celebra la ceremonia oficial que Gautier describe minuciosam,ente deteniéndose en algunas bellezas artísticas como la cúpula de Tiépolo y los leones que rodean el trono. Observa la presencia en la Sala de «Alexandre Dumas et son état-major d'artistes». [44].

---

[42] *Ibíd.*, págs. 127-137, y más especialmente pág. 144.

[43] GAUTIER: *op. cit.*, págs. 157-158.

[44] *Ibíd.*, pág. 166.

Las *velaciones* o ceremonia religiosa tienen lugar durante la mañana del día siguiente en la Iglesia de Santa María de Atocha. Sarmiento está en la calle desde temprano y observa la salida de los desposados que se dirigen desde el Palacio Real hacia la Iglesia: «Cuando los nobles se dirigieron a Nuestra Señora de Atocha para recibir la bendición nupcial, el real cortejo ocupaba toda la extensión de la calle de Alcalá decorada toda ella como un teatro» [13]. Gautier y Sarmiento admiran los «tapices y colgaduras cuyos variados colores dan a las calles el aspecto más singular». (160) Gautier destaca sobre todo las colgaduras de oro en el Ayuntamiento. Y ambos escritores se sienten atraídos por la calidad de los caballos que tiran de las carrozas reales [45]. Sarmiento saca extraño partido de su observación:

> «Tiros de caballos que pocas cortes europeas podrían ostentar tan bellos y en tan grande número, carrozas incrustadas de nácar, libreas y penachos de un brillo extraordinario, traían a la fantasía los bellos tiempos de la monarquía española, la cual, en su abatimiento presente, se adorna con sus antiguas joyas como aquellas viejas duquesas que disimulan bajo el brillo de los diamantes, las enojosas arrugas que los años han impreso en sus semblantes. (160)»

En el balcón principal del Ayuntamiento aparecen, de acuerdo con el *Journal des Débats* (19 de octubre), «le portrait en pied de la Reine et celui du Roi, placés sous un dais magnifique». Gautier afirma que se trata de lienzos de Madrazo y Tejero, de tamaño casi natural; dos alabarderos custodian los retratos [46]. Sarmiento, que debió recordar entonces los retratos de Rosas y de su mujer en los edificios públicos de Buenos Aires, menciona con cierta repugnancia a esos «retratos de reyes *expuestos a la adoración popular*» (160).

En las noches del 10 al 12 de octubre se desarrollan toda clase de espectáculos públicos, sobre todo de danzas regionales, que entusiasman al periodista del *Journal des Débats* (14 de octubre). Según Gautier, distintas *comparsas* de bailarines, ataviados con ropas de las regiones, ejecutaban sus danzas en todos los lugares públicos de Madrid; en el café de Cervantes ve a un grupo bailando la *cachucha;* le impresiona vivamente una deliciosa gitanilla de Triana de catorce años de edad. Sarmiento se maravilla ante la variedad de trajes regionales; pero extrae de ello una consecuencia negativa. La existencia de tantas regiones con su cultura propia constituye un signo de la falta de unidad nacional, «una de las llagas más profundas de España». El país se distingue de ese modo del resto de la familia europea «como uno de esos subgéneros que descubren en plantas y animales los naturalistas» (159). Y al referirse en concreto a esos bailes apunta la siguiente observación:

> «En los bailes públicos, organizados para diversión del pueblo durante las fiestas, al lado de valencianos, aragoneses y gallegos, veíase figurar cuadrillas de moros, como si fuesen considerados todavía como parte de los pueblos españoles» (160) [47].

---

[45] GAUTIER: págs. 169-170.

[46] Gautier se refiere a los retratos en pág. 167. Achard proporciona detalles más completos: «les portraits du roi et de la reine appuyaient leurs cadres d'or sur un fond de satin blanc. Tour autour allongeaient les plis ondoyantes de tentures de velours liées a leur sommet par la couronne d'Espagne». *(Op. cit.,* pág. 133.)

[47] Esas *cuadrillas de moros* aparecen en Achard: «une troupe de Maures et Sarrasins, coiffés de turbans,

El 12 de octubre, a las 2 de la tarde, se celebra el *besamanos real.* Asisten los Reyes, los príncipes, nobles y embajadores (se destaca ahora la presencia del embajador de Inglaterra), y unas mil setecientas personas de diversa procedencia, reunidos todos en el Salón de Embajadores del palacio. El *Journal des Débats* (14 de octubre) detalla la ceremonia, pero la distingue como algo típicamente español e inconcebible en la Francia moderna. Los asistentes hincan sus rodillas en tierra para besar la mano de sus monarcas; acto de vasallaje sólo exigido a los españoles presentes. Sarmiento habla muy poco de esa «ceremonia de los tiempos feudales», como la denomina. Sabe que el rito «conserva toda su majestad y su antiguo aparato». Esas inesperadas reticencias con respecto al acto que más le podría servir para su propósito crítico, me hace pensar si Sarmiento no habrá asistido al besamanos. Constituía una ceremonia bastante abierta si no al público a los dignatarios extranjeros. Hasta me parece advertir que Sarmiento ve desde adentro la multitud apiñada en las puertas del palacio. Una vez más se interesa por los caballos que «llenos de ardor agitaban en el aire sus penachos verdes o colorados, recuerdo de los tiempos feudales en que cada caballero y cada familia noble adoptaba sus colores distintivos» (160), pero silencia los aspectos más conocidos y más esenciales del viejo ritual.

Esa noche se representa en el Teatro de la Cruz, en función de gala con la presencia de los reyes, *La pata de cabra,* de Grimaldi. Sarmiento no concurre a ese acto; según el *Diario de Gastos* ve la obra el día 17. Pero sí asiste a la función real del 14 de octubre en el Teatro del Príncipe, donde se pone en escena *El desdén por el desdén* de Moreto, con la presencia de la familia real y de los representantes extranjeros. Paga un exorbitante precio por la entrada; al salir del teatro, al que debió concurrir con Rivadeneyra, se encuentra con el dramaturgo hispanoargentino Ventura de la Vega, y lo invita a un café, quizá en el mismo Café del Príncipe; en 1885 Sarmiento afirma que fue Rivadeneyra, quien le presentó a De la Vega [48].

4. Las fiestas reales

El *Museo de las Familias* de Madrid, 1847, nos proporciona la historia de las corridas de toros conocidas como *Fiestas Reales,* que sólo se celebran para festejar acontecimientos de mucha importancia; la última ocurrió en 1833 cuando Fernando VII quiso dar especial brillo al nacimiento de su heredera. No es extraño, pues, el entusiasmo de los *aficionados* en 1846; Gautier justifica su viaje sólo por verlas [49] y Dumas, que se ha relacionado con el torero Montes a través del duque de Osuna,

---

armés de cimiterres, vêtus de pelisses et de cafetans, qui se chargeaient d'une furieuse facon et se livraient à toutes sortes de pantomimes formidables, au gran ebahissement des curieux» (pág. 148). Para Gautier, estar esa noche en Madrid equivalía a un viaje pintoresco por toda España, tal era la profusión de coloridos trajes típicos (págs. 163, 168-169).

[48] Véase el *Diario de Gastos,* pág. 33 de la *edic. cit.* de Antonio P. Castro y el también citado prólogo a *Recuerdos de Provincia,* pág. 212.

[49] GAUTIER: págs. 141-142.

recoge para nuestro provecho todos los detalles internos de la organización [50]. Las *Fiestas Reales* o *toros reales* como las llama Sarmiento al anotar el costo de la entrada, difieren de las corridas ordinarias en la medida en que han mantenido más la antigua tradición del toreo. El toreo en esas fiestas se efectúa a caballo, como en los tiempos antiguos; excelentes caballos andaluces que contrastan con los estoicos caballos de los picadores comunes. Los toreadores no son profesionales sino nobles que buscan como recompensa algún reconocimiento real. El brío de los caballos y la inexperiencia del torero constituyen el principal atractivo. Los lideadores, llamados ahora *caballeros en plaza,* cuentan con el auxilio, en caso de peligro real, de una cuadrilla profesional dirigida por los mejores toreros del momento. Caballeros, caballos, cuadrillas de toreros, mulas, carrozas y traíllas llevan adornos con los colores distintivos de la casa noble que apadrinan a cada caballero y paga en parte los gastos del espectáculo.

Las *Fiestas Reales* se inciaron el 16 de octubre; esa tarde torean en la plaza cuatro caballeros apadrinados por el duque de Osuna, el duque de Alba (cuyo nombre Sarmiento olvida y lo reemplaza por *duque de N.),* el duque de Abrantes y el conde de Altamira. Dirigen las cuadrillas los toreros Francisco Montes, el gran Montes; Pepe Redondo, el Chiclanero; Francisco Arjona, llamado Cúchares y Juan Lucas Blanco.

La Plaza Mayor había sido preparada especialmente para ese espectáculo. Según el *Journal* (23 de octubre) se había removido el pavimento para colocar la arena y alzar una galería de madera bajo los edificios linderos, cuyos balcones estaban adornados con las insignias reales y los galardones de la nobleza: «Figurez vous les balcons et les fenêtres, dans toute leur profondeur, remplis de dames elegantes et portant la mantille noire, que leur donne cette grace provocante». Sarmiento distingue, en especial, los balcones de la Panadería decorados con carmesí bordado de oro, seda azul y plata, que constituyen el palco real. La Plaza se llena ese día de espectadores, algunos sentados en los techos y colgados de las chimeneas. Sarmiento calcula unos cuarenta mil asistentes; el *Journal* habla de veinticinco mil.

Dumas está sentado en el balcón conferido a la familia del duque de Osuna por Felipe IV como recompensa por ciertos servicios; es el balcón que Sarmiento ve decorado con los colores de la casa de Austria, azul y plateado [51]. Gautier está situado en una ventana del segundo piso, lugar de privilegio que le consiguió M. Fiereck, ayudante de campo del duque de Aumale [52]. Richard Cobden tiene también un lugar de privilegio, quizá como para suplantar la ausencia del representante de Inglaterra, que era un *tory,* por un destacado *wig* [53]. Sarmiento contrasta esos «palcos para las familias acomodadas» con el «inmenso tendido para la muchedumbre» (164); el está en esos tendidos junto al «amigo francés», seguramente Blanchard. Tiene a su frente

[50] Mi información deriva de Dumas, *op. cit.,* págs. 86-94 y de Basilio Sebastián Castellanos, autor de una «Historia de las Fiestas reales de toros» publicada en el *Museo de las Familias* de Madrid, vol. V, Madrid, 1847, págs. 198-203.

[51] DUMAS: *ibíd.,* pág. 89.

[52] GAUTIER: *op. cit.,* pág. 177.

[53] El citado Terence Mc Mahon Hughes caracteriza a Bulwer, el embajador de Inglaterra, como a un *tory* de muy aristocráticas maneras. Ver su *Revelations of Spain in 1845.* London, Henry Colburn, 1845, vol. 2, pág. 5.

el palco real de la Panadería y los balcones de Dumas y de Gautier. La mirada de Sarmiento va, pues, de abajo hacia arriba, como se observa en esta descripción:

> «Cuarenta mil espectadores colocados en los balcones, ventanas y tendidos, describían entre las colgaduras una línea oscura, variada como un tapiz por los colores diversos de los vestidos de las señoras, las plumas de algunos sombreros y el agitar de los abanicos; y para que el efecto artístico del golpe de vista fuese completo, desde el tendido inferior hasta la altura de los techados, se elevaba en las cuatro esquinas de la plaza una gradería de asientos que formaban en cada extremo una enorme pirámide de seres humanos. Era éste un espectáculo verdaderamente imponente, cuyo brillo realzaban los rayos del sol, reflejándose sobre las anchas franjas de oro y plata, y la superficie que en grandes masas presentaba el raso de las colgaduras» (164) [54].

La cercanía de Blanchard debió facilitar esa pericia descriptiva. Sarmiento ve en el palco real a los miembros de la corte y a esa *hecatombe* de generales, expresión que tanto le será criticada.

Las corridas de la mañana se suceden sin nada digno de mención. Por la tarde, llegan los reyes acompañados por su familia y por el Patriarca de Indias. Cobden, que esta empeñado en terminar con las antieconómicas corridas de toros, y había hablado de ello hasta con el Papa, ve con disgusto la presencia del Primado en un espectáculo tan cruel[55]. Sarmiento observa desde su lugar el movimiento de pañuelos, de sombreros y de abanicos que saludan la presencia de los Reyes. Es entonces cuando comienza en verdad la gran fiesta. De pronto aparecen en el ruedo, entre música de tambores que Sarmiento califica como *marcial,* los *caballeros en plaza.* Luego desfila cada cuadrilla con sus toreros, rejoneadores, mulas que recogerán a los toros muertos, y todos pasan frente al palco real; cada caballero se hinca ante el palco para pedir la correspondiente venia. Gautier percibe entonces en la plaza una atmósfera de irrealidad[56]. Se tira a la arena la llave del toril y se lanza a los aires una bandada de palomas.

El caballero Romero, lugarteniente de los guardias de María Cristina y apadrinado por el duque de Abrantes, rejonea el primer toro, primero con lanza y luego con espada. Después del tercer toro ocurre un inesperado percance inmortalizado para siempre en la prosa de Sarmiento, de Dumas y de Gautier; no he hallado testimonio gráfico de Blanchard o de Girardet. El *Journal des Débats* (23 de octubre) nos proporciona de nuevo todos los detalles, aunque nada supera la nerviosa y magistral descripción de Dumas. El tercer toro derriba a Romero, que cae bajo el caballo. Golpe casi de teatro: el caballero se incorpora sin perder los estribos y enfrenta al toro desde

---

[54] Confróntese con la descripción de Achard: «Trente rangs de gradins s'appuyaient sur les arcades et tournaient autour de la place coupée, à ses trois étages, de balcons, de bandes d'etoffes, pourpre et or au premier at au troisième étages, jaune at argent au second; la soie ondulait au vent, et mille éclairs éblouissants jaillissaient des franges aux reflets métalliques. Le soleil inondait la place d'une lumière crue et vive qui piquait d'etincelles tous les angles et donnait aux lames d'or et d'argent l'eclate miroitant de la mer.» *(Op. cit.,* pág. 223.)

[55] JOHN MERLEY: *The Life of Richard Cobden.* Boston, Robets Brothers, 1881, pág. 280.

[56] GAUTIER: *op., cit.,* pág. 187.

el suelo clavándole el acero de su jabalina con extraordinaria precisión. Dumas expresa exaltadamente: «Il faut avoir vu cet immense amphitheatre battant des mains, agitant ses mouchoirs, hurlant le nom de Romero dans un vivat universel, pour se faire une idée de l'enthousiasme que doit éprouver lui-même l'homme qui cause cest enthousiasme».[57]

Gautier, aunque algo más interesado en destacar las cualidades del toro de Utrera, describe exactamente el mismo instante: «Alors, il s'eleva des *tendidos,* des galeries, des balcons, des entablements, des toits, un hourra d'acclamations, immense, universel, prodigieux; une seule voix jaillissant de trente mille poitrines: Quel torrent de volupté doit inonder le coeur d'un homme que se sent applaudir ainsi».[58]

El *Journal des Débats* aprovecha para comparar a Romero con el Cid y destacar en el caballero una mezcla rara de intrepidez, distinción y elegancia.[59] Aunque el testimonio de Sarmiento parece más moderado, se adivina, sin embargo, un entusiasmo parecido:

> «Cuatro toros cayeron sucesivamente muertos bajo su frágil rejoncillo; uno de ellos, en una primera embestida, había ensartado en las astas su caballo, y levantando y sacudiendo en el aire caballo y caballero, echólos a rodar por el suelo. Pero el intrépido aficionado, haciendo poner de pie su caballo, sin perder un instante la silla, esperó por segunda vez al toro, y atravesándole el corazón de un rejonazo, lo hizo caer muerto a los pies de su montura, como para que diese condigna reparación de la pasada ofensa». (168-169)

Se percibía entre el bullicio del público la voz estentórea de Dumas. Ayguals de Izco destaca ese especial detalle: «Extranjeros eran muchos de los concurrentes, y nosotros vimos aplaudir y gritar como un loco a ese escritor venal que tuvo la avilantez de zaherirnos groseramente con sus estúpidas *Cartas selectas sobre España y Africa».*[60] El duque de Montpensier ofrenda su espada como premio al valeroso caballero; Dumas, según Gautier, arroja a la arena su pitillera de oro de valor superior a los mil francos; Cuvillier-Fleury sitúa el suceso en otro momento.[61] Sarmiento recoge la impresión de ese grito colectivo y del silencio posterior.

---

[57] DUMAS: *op. cit.,* págs. 94-99; GAUTIER: *ibíd.,* págs. 190-198; ACHARD: *ibíd.,* págs. 221-239; CUVILLIER FLEURY: *op. cit.,* págs. 127-137; en todos ellos ese momento de la corrida constituye el *climax* dramático de ese viaje pintoresco.

[58] GAUTIER: págs. 193-194. Aunque Sarmiento no lo expresa con tanta claridad, ya que ello alteraría su propósito, se adivina en su estremecida descripción un parecido culto del héroe popular.

[59] «Le Cid lui-même, tirant au soleil sa veille épée dont toute l'Espagne sait le nom, et ramenant avec lui les quatre Rois maures prisoniers, n'aurait pas provoqué un enthouisiasme plus vif ni plus universel. Aussi est-il rare de trouver unie a tan d'intrepidité plus d'elegance et de distinction.» *(Journal des Débats,* 23 de octubre 1846.)

[60] *La marquesa de Bellafor, ed. cit.,* pág. 373. El título que Ayguals menciona corresponde a su propia traducción de Dumas publicada en Madrid, Imprenta de Ayguals de Izco y hermanos, 1847.

[61] Gautier no lo ha visto, pero lo ha leído en los diarios de la mañana siguiente *(op. cit.,* pág. 195); Cuvillier-Fleury sitúa ese hecho en una corrida anterior, en la plaza de Alcalá *(op. cit.,* pág. 144); Achard, tan interesado en destacar a cada paso la participación de Dumas, ignora esa anécdota. No es extraño que no aparezca mención alguna en Sarmiento.

Otro episodio de la corrida interesa por igual a Dumas y a Sarmiento. El balcón real estaba rodeado de alguaciles a caballo, vestidos de negro; su misión era la de proteger simbólicamente a la Reina de los embates posibles del toro. Cada vez que el toro arremetía contra el balcón real, los alguaciles procuraban alejarlo y, al mismo tiempo, defenderse de la embestida. Usaban, según Dumas, espadas y fustas; pero sobre todo confiaban en la rapidez de sus caballos.[62] Sarmiento ve en esos alguaciles y en sus actitudes la reminiscencia de un vasallaje en el que se ofrenda al señor tanto la vida como la muerte:

> «En estas corridas —dice—, un toro alcanzó e hirió al caballo de un alguacil en medio de las ruidosas exclamaciones, las risotadas y las burlas de la muchedumbre, que conserva desde los tiempos despóticos de la España un odio tradicional contra los empleados subalternos de la corona. Aquella dispersión de los alguaciles y su terror y pánico cuando se ven atacados por el toro, forman la parte cómica del espectáculo; y no es raro que algún toreador malicioso atraiga ex-profeso al toro sobre ellos a fin de hacer reír al público». (165)

También Dumas considera que ese incidente da un tono de comedia a la por otra parte trágica fiesta.

No es, en general, en los detalles donde la descripción de Sarmiento adquiere un valor distintivo, sino en su interpretación de las corridas como un ritual de carácter colectivo. España, que era *gótica* en Burgos y casi *árabe* durante los bailes regionales, se le torna ahora *romana*. La corrida se origina en Roma, afirma con toda seguridad; y por ello se mezclan en ella, como en otros espectáculos similares, la ceremonia oficial y la diversión pública. Reyes y pueblo se asocian en el goce de un combate sangriento parecido al de los gladiadores. El pueblo confiere vida y muerte al vencido, sea toreador o toro. Cuando el público manifiesta disconformidad por un mal pase del torero, Sarmiento advierte el eco de la crueldad romana que arrojaba a las fieras a los gladiadores menos diestros; y si es el toro el objeto de la reprobación, recuerda que en otras corridas anteriores el público había decidido la muerte del toro.

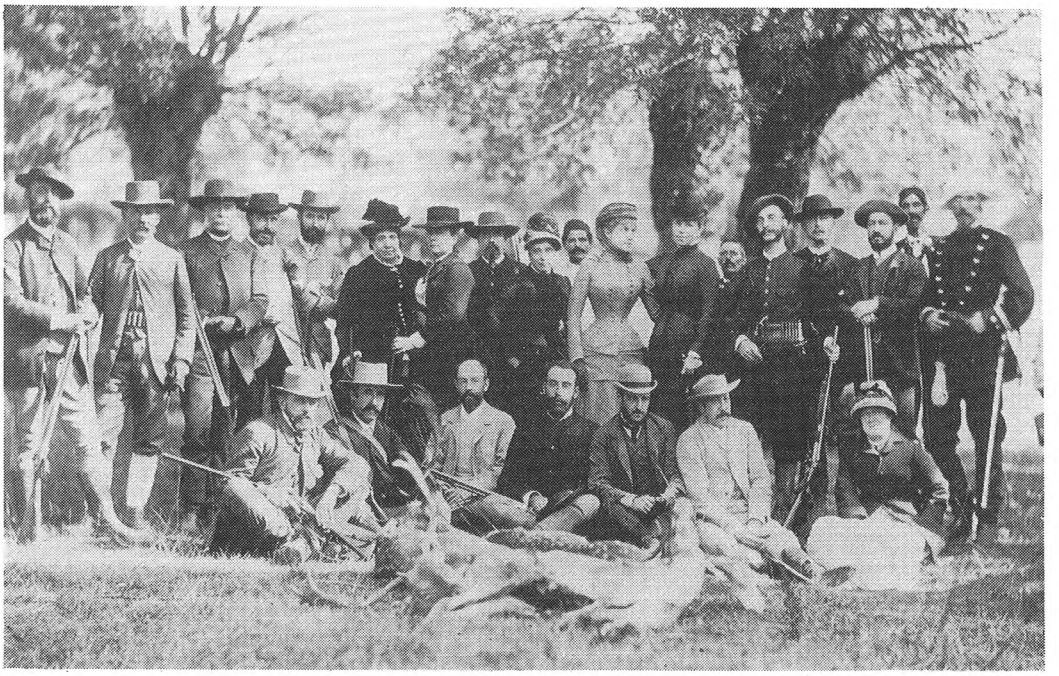
La corrida lo impresiona vivamente como un espectáculo de masas; que asocia con el teatro moderno. La violencia del toro es la expresión de una fuerza colectiva, de la *barbarie* compartida desde las raíces de la sangre, de un rito salvaje y de comunión mística. El hombre, que para él es siempre un animal antropófago al que la civilización va amansando, retorna en esas fiestas a un pasado casi cavernario: «Porque no ha de conservarse un espectáculo bárbaro sin que todas las ideas bárbaras de las bárbaras épocas en que tuvieron origen vivan en el ánimo del pueblo». (171) Y en parecido contexto expresa este exabrupto: «Id a hablar a esos hombres de caminos de hierro, de industrias o de debates constitucionales». (163) Los *autos de fe* eran «corridas de toro que a su modo daba la Inquisición».(164) En este aspecto, Sarmiento debería coincidir con Cobden en la necesidad de suprimir las corridas.

Pero no me parece que sea así. El espectador ha sido ganado poco a poco por el *sublime atractivo de los toros,* según lo dice en un texto ya citado. Se interesa por la

---

[62] DUMAS: *op. cit.*, pág. 91.

Grupo de aristócratas y toreros (entre estos últimos se encuentra Francisco Arjona Guillén, «Cúchares», a quien Sarmiento menciona en sus páginas de viaje). (Foto anónima).



La reina Isabel II, Alfonso XII, María Cristina de Habsburgo, la Infanta Isabel, y miembros de la Corte, durante una cacería real. (Fotografía de Debás.)

técnica del toreo, en especial, por la pericia de Montes, cuyo retrato compra días después. Montes es tan popular como Napoleón, nos dice, y es un artista en su género como lo son Dumas en la novela y Lemaître en el teatro. El toreo de Montes, observa Sarmiento finamente, es como constantes variaciones de un tema único, perfectas *fiorituras* de la muerte. Montes, ya algo envejecido, era la figura central de esas fiestas. La gente lo saluda, atestigua Sarmiento, con un entusiasmo que *conmueve los edificios de la plaza.* (168)

Esta última frase, tan gráfica, ejemplifica bien otro aspecto de la originalidad de Sarmiento. Ninguno de los presentes siente y expresa como él los estremecimientos de la muchedumbre. Sarmiento saca el toreo de la plaza y lo inserta, como buen demócrata, en la médula espiritual de un pueblo; quita a la fiesta su carácter de proeza individual para acentuar el matiz colectivo. En el comportamiento del público descubre la corriente subterránea de la historia, la manifestación del *Volkgeist.* Cuando Romero se levanta con su caballo, invade la plaza un intenso silencio; Sarmiento afirma que en ese silencio *se pueden contar las palpitaciones.* Minutos después, la gente intensifica el aplauso al descubrir a Romero en uno de los balcones; Sarmiento describe el *grito universal* de sombreros y de pañuelos y advierte en la masa *un recuerdo eléctrico de sus proezas.* (169) No es extraño que la emoción de esas Fiestas Reales haya conferido a su cara ese color verde al que se refiere su amigo francés y que el mismo Dumas advierte en la cara de quienes lo acompañan en su balcón.

Terminan así las fiestas ese día; durante los días siguientes hay otras corridas, aunque ya comienzan a sentirse las inclemencias de un otoño lluvioso y del cercano invierno. La noche del 16 se celebra en la corte un *baile real;* dirige una de las orquestas, de acuerdo con el *Journal* (27 de octubre), el joven compositor vienés, de 21 años, Johann Strauss.[63]

Sarmiento dedica los restantes días de octubre y los primeros de noviembre a recorrer Madrid, visitar museos y librerías. Compra el catálogo del Real Museo, el día 1 de noviembre, y algunas reproducciones de Velázquez y de Murillo. Adquiere también una colección de libros para la Escuela Normal de Chile y copias litográficas de la excelente obra de Genaro de Villamil, *La España artística y monumental*[64]; por las noches asiste a varias representaciones teatrales.

La estancia en Madrid culmina con la salida al Escorial, el día 3. Cobden, que ha abandonado la compañía de los ingleses con quienes lo ve Achard al entrar en Toledo, se ha unido ahora al grupo de Dumas y visita el Escorial con los franceses.[65] La

---

[63] «M. Strauss était là, M. Strauss avec son archet magique. Pour rendre la féte plus charmante encore, il avait appelé son orchestre, et la musique vint après la causerie. L'habile compositeur nous a joué deux valses nouvelles et une polka d'un entrain, d'une verve et d'une originalité incroyables. L'une de ces valses, qu'il a baptisée du nom de *Luisa,* est dediée a l'infante, duchesse de Montpensier.» (Achard, *op. cit.,* pág. 213.)

[64] GENARO PÉREZ DE VILLAMIL (o VILLA AMIL): *España artística y monumental. Vistas y descripción de los sitios y monumentos más notables de España. Obra dirigida por don Genaro Pérez de Villamil. Texto redactado por don Patricio de la Escosura. Publicada bajo los auspicios y colaboración de una sociedad de artistas, literatos y capitalistas españoles.* París, 1842-1850. Sarmiento debió conocer sólo los primeros volúmenes de esta bellísima edición romántica.

[65] JOHN MERLEY: *loc. cit.* «Nous avions, chemin faisant, recontré les Anglais à qui le seigneur Calisto

extensa descripción del Escorial cierra la visión simbólica de España que Sarmiento había abierto en Burgos. Si en Burgos alentaba todavía el fantasma de la grandeza castellana, aquí, ahora, se evidencia la realidad del presente: un coro de doscientos frailes entona el *Miserere* de la libertad de pensamiento. El Escorial es el cadáver de España muerta de despoblación, de ociosidad y de ignorancia (181-182).

El día 14 de noviembre ve Sarmiento por última vez a sus amigos franceses. En la carta a Lastarria figura como fecha de encabezamiento el día 15 de noviembre, último de la estancia en Madrid. Todo el contenido de la carta ha sido, pues, un *flashback;* a partir de este momento, los apuntes se tornan más rápidos, sin ilación casi, como si fueran escritos sobre la marcha. Tomo, pues, en sentido literal la afirmación siguiente: «Dumas nos decía ayer, hablando de España: Poco me importa la civilización de un país; lo que yo busco es la poesía, la naturaleza, las costumbres» (150). Si la transcripción es correcta, podemos suponer que se trata de una respuesta de Dumas a observaciones de Sarmiento mismo sobre la falta de progreso en España. La frase resume así la diferencia entre esta visión crítica de la realidad española y la visión de los viajeros románticos.

5. De Madrid a Barcelona.

En el *Diario de Gastos* se consigna el itinerario desde Madrid a Barcelona y las excursiones más importantes efectuadas por el viajero en diferentes puntos del trayecto. El día 16 de noviembre toma Sarmiento la diligencia que lo lleva hacia el sur; la primera parte del recorrido termina en Córdoba, con estaciones intermedias en Aranjuez, Ocaña, Puerto Lápiche (La Mancha), Valdepeñas y La Carolina, cerca de Linares. En Córdoba, toma una nueva diligencia que lo lleva a Sevilla con paradas en Ecija y Carmona; en este último lugar desiste de continuar hasta Granada, a lomo de mula, por temor a los bandidos. El vapor *Rápido* lo traslada por el Guadalquivir desde Sevilla a Cádiz. Allí toma otro vapor para Valencia, con una larga parada en Gibraltar. Desde Valencia viaja por tierra hasta Reus, y de Reus, en una nueva diligencia, hasta Barcelona, donde llega hacia el 10 de diciembre.

Castilla la Nueva y Andalucía impresionan a Sarmiento por el abandono de la agricultura y la pobreza de sus gentes. Al entrar en la Mancha ve la venta de *Don Quijote* y los molinos de viento «que sugirieron a Cervantes aquel extraño combate de su héroe» (184). No ha habido cambio desde la época de Cervantes: los muleteros gritan del mismo modo, las mulas infestan todo con sus orines, los ciegos cantan todavía, las lámparas y las viandas fritas en aceite verdoso y rancio impregnan el aire de humo y de olores. La tierra yerma de Andalucía sólo produce olivos, «los asnos de la agricultura» (185). En la Sierra Morena recuerda los proyectos económicos de la Ilustración y el fracaso de la colonia alemana de Olavide; exalta esos esfuerzos del tiempo de Carlos III para cambiar la orientación económica de España y la actitud mental de sus habitantes.

Burguillos avait donné l'hospitalité, et parmi eux M. et Mme. Cobden. Nous descendîmes toutes ensemble dans le Panthéon...» (Achard, *La vie errante, ed. cit.*, pág. 19.)

La diligencia llega a Córdoba el 22 de noviembre; Sarmiento contrata los servicios de un mulato llamado Manuel para que lo guíe por la ciudad. Córdoba le parece también una ruina del pasado: «Qué triste es una ciudad muerta que fue reina y la vemos mendiga y cubierta de harapos y de lepra» (187). En la Mezquita sólo ve una multiplicación inarmónica de columnas (le falta ahora la más certera apreciación de los pintores franceses); en cambio, la capilla del Zancarrón, en la que entra mediante el pago de una propina al campanero, lo asombra como «joya de la arquitectura árabe que no tiene pareja en parte alguna del mundo donde su raza ha existido» (187).

El 24 sale la diligencia de Córdoba a Sevilla; Sarmiento cena en Ecija, compra *unas granadas* en Carmona y entra en Sevilla hacia la noche del día 25. Durante la mañana siguiente visita la catedral y luego el Alcázar, la casa de Murillo, la Giralda y el Museo. El 27 intenta trabajar en el Archivo de Indias, «el de la colonización de América»; a pesar de la propina que da al portero, no puede manejar los documentos por falta de autorización real, y así «nada he podido verificar de ciertos hechos que me interesan» (187). Ese día realiza una corta excursión a caballo por las ruinas de Itálica y compra como recuerdo dos monedas romanas. El 28 abandona, por la mañana, la posada *La Europa;* pero antes de embarcarse hacia Cádiz tiene tiempo para volver a la catedral y ver los cuadros del Greco, previo pago de unas pesetas al sacristán encargado de mostrárselos. Sarmiento llega a Cádiz durante la noche del 28 o a la mañana del 29. Sabemos que está en Cádiz durante cuatro días, y que recibe allí cartas desde América, porque anota en el *Diario de Gastos* el pago a quien se las recoge; pero curiosamente, no figuran más gastos durante esos días.

El vapor que lo conduce de Cádiz a Valencia se detiene frente a la costa de Gibraltar el 2 de diciembre; desde allí, un bote traslada a los viajeros al peñón. Sarmiento almuerza en Gibraltar y toma, además, una cerveza en el faro de la Punta Europa; compra piedras y vistas del peñón. El día 4 llega el vapor a Valencia; Sarmiento se hospeda en el *Hotel del Cid,* «el mismo de que habló Minvielle en su *Ernesto*» (188). En Valencia descubre un paraíso agrario que le trae de inmediato el recuerdo de la Argentina y de Chile. Le interesa el sistema de irrigación, «como lo enseñaron los moros» (188), y los procedimientos para la cría del gusano de seda.

El día 7 de diciembre sale de Valencia, almuerza en la desembocadura del Ebro y baja a Reus para tomar un café. Algo extraño ocurre en Reus; paga un café para dos. Debió tener buena compañía, ya que pierde la diligencia; pasa la noche en Reus y paga nuevo pasaje, al día siguiente, para Barcelona.

6. En Barcelona

El 10 de diciembre, llega Sarmiento a Barcelona. Se encuentra allí con la nota de Charles de Mazade sobre el *Facundo,* y ese solo hecho parece anticiparle una buena estancia en la ciudad; en verdad pasa allí seis días de muy ricas experiencias. Ferdinand de Lesseps, cónsul francés en la ciudad, lo recibe con honores en su propia casa iniciándose así una relación muy cordial que se mantendrá hasta la muerte de Lesseps. Sarmiento conoce la valiente actitud del cónsul en apoyo de la ciudad durante el asedio

esparterista de 1840, pues llama a Lesseps «célebre cónsul general que se había iluminado al resplandor de los bombardeos de aquella ciudad» (194). Lesseps estaba ya interesado en la apertura de un canal en la zona norte del Africa según lo anticipa por entonces al grupo de los saintsimoneanos de Enfantin; su proyecto se concretará en el canal de Suez, 1869. Como experto en política africana, ya que había vivido muchos años en Alejandría, facilita a Sarmiento, y al parecer también a Dumas, el contacto con los líderes de Marruecos y con las autoridades coloniales francesas. Desgraciadamente, los recuerdos de Lesseps dedicados a sus hijos comienzan desde 1849; sabemos por ellos, sin embargo, que el cónsul no participó de las bodas reales a raíz de la reciente muerte de su primogénito [66].

Sarmiento debió conocer, en casa de Lesseps, a Théophile Gautier —ya de regreso a París— y a Prosper Mérimée, de quien dice que lo andaba buscando después de haber leído el artículo de Mazade. No he hallado indicios del paso de Gautier por Barcelona; pero sobran, en cambio, los del viaje de Mérimée. Mérimée va a Barcelona en noviembre de 1846 y se queda en la ciudad hasta principios de diciembre; de modo que el encuentro con Sarmiento debió ocurrir durante los primeros días de la llegada del argentino; las fechas tan inmediatas hacen más verosímil la impaciencia de Mérimée por encontrarse, antes de partir, con el autor del *Facundo*. Nada tiene que ver el viaje de Mérimée con las bodas; estaba entonces trabajando una obra de fondo histórico español, *Don Pedro,* y necesitaba algunos datos del Archivo de la Corona de Aragón. La condesa de Montijo, que era prima de Lesseps, le facilitó la comunicación con el cónsul y éste, a su vez, lo remitió a Próspero Bofarull, historiador a cargo del Archivo. En las cartas de Mérimée a la condesa de Montijo, a Bofarull y *a una desconocida* aparecen muchas referencias a la ayuda de Lesseps en cuya casa —dice— fue recibido casi todas las tardes [67].

El encuentro de Sarmiento con Cobden, bien estudiado en el aspecto ideológico por el citado Norberto Rodríguez Bustamante, ocurrió al parecer en un *té* organizado por las fuerzas progresistas de Cataluña, del que pudo participar el mismo Lesseps. Cobden, cuyo nombre vuelve a resurgir en la prensa, desde 1845, debido al recrudecimiento del *hambre irlandesa* que determinó su actitud contraria al proteccionismo del Estado en materia económica, debía tener en Cataluña sus mejores aliados, pero también sus mayores enemigos. El *Journal des Débats* (17 de octubre) es sumamente expresivo con respecto a Cobden: «On sait qu'a ses efforts est due l'introduction du sucre de la Havane dans les marchés anglais. Nous pensons que le parti liberal espagnol temoignera tout son respect pour l'homme qui vient d'acquerir une gloire si grande dans les fastes de la civilisation.» Pero el partido liberal de

---

[66] Ver, sobre todo esto, FERDINAND DE LESSEPS: *Souvenirs de quarante ans. Dediés à mes enfants.* París, Nouvelle Revue, 1887.

[67] Sobre Mérimée en Cataluña, ver ANDRÉ BILLY: *Mérimée.* Paris, Flammarion, 1959, págs. 151-152; ROBERT BASCHET: *Du Romantisme au Second Empire. Mérimée (1803-1870).* París, Nouvelles Editions Latines, s/a., pág. 138 y *passim;* PIERRE TRAHARD: *Prosper Mérimée. De 1834 a 1855.* París, Librairie Ancienne Honoré Champion, 1928, págs. 231-292. Sobre la correspondencia, ver *Correspondence. Guide, Supplements.* París, Centre Nationale de la Recherche Scientifique, 1961; J. ERNESTO MARTÍNEZ FERRANDO: *Próspero de Bofarull y Próspero Mérimée.* Reus, 1954.

Cataluña no coincidía con el concepto de liberalización industrial en lo referente a los tejidos catalanes. Ayguals de Izco y Cobden mantienen a ese respecto una interesante conversación durante la exposición industrial del Palacio de Cristal, en Londres, 1852 [68]. La citada nota del *Journal* nos permite suponer el interés de Cobden por abrir el mercado inglés hacia los países de Hispanoamérica.

Los recuerdos de Cobden, conservados gracias al fervor de su amiga Salis Schwaben, hacen referencia al encuentro con Lesseps en el mes de diciembre de 1846. Pero las fechas no coinciden; cuando Cobden cena con Lesseps, el 19 y el 20 de ese mes. Sarmiento ha salido ya de Barcelona y está en Palma de Mallorca. Su conversación con Cobden debió ocurrir entre el 10 y el 15 de diciembre: «He tenido aquí —dice— la felicidad de ser presentado a Cobden, el gran agitador inglés, y os aseguro que después de Napoleón, hombre alguno hubiera deseado ver de preferencia.» (193) Cobden acompaña a Sarmiento hasta la *Fonda de Oriente* y le deja tarjeta personal con su dirección en Inglaterra. Sarmiento habla de las ideas de Cobden expresando las suyas propias con respecto a la acción individual, la eficacia de la unión social, el triunfo final de la sociedad sobre los intereses privados, y el poder convincente de la razón y de la palabra [69].

Entre tantos encuentros, no ha habido tiempo casi para conocer la ciudad; Sarmiento compra un plano de Barcelona el día 12 y visita ese mismo día las obras del Teatro Nuevo, «el más bello y el más grande de la Europa y del mundo, por tanto» (193). Asiste, además, a alguna función teatral. El día 15 abandona la laboriosa ciudad para dirigirse a Mallorca. Zarpa desde allí, el 19, para Argel. Al bogar sobre el Mediterráneo recuerda todavía a los franceses y contrasta otra vez, irónicamente, la visión romántica de Dumas y de sus acompañantes con la suya, más realista y crítica. El Mediterráneo, dice, está surcado de barcos que han contribuido a la superación de las supersticiones mitológicas que caracterizaban a las sociedades nacidas de su seno:

> «Pero no es esto lo peor aún, sino que los modernos Ulises, que como Dumas y comitiva andan hoy sobre sus olas a caza de sirenas, islas encantadas, y Calipsos que los detengan y embauquen, no sabrán de qué manera ingeniarse para dar principio a la patética narración de sus aventuras» (196).

Y finge entonces, para dar comienzo al relato de sus andanzas por Africa, imaginaciones similares a las que critica; ese juego de gracioso buen humor trasluce la atracción inconfesada por esos mundos misteriosos y románticos que espera ahora conocer.

---

[68] Ver AYGUALS DE IZCO: *La maravilla del siglo. Cartas a María Enriqueta, o sea, una visita a París y Londres durante la famosa exhibición de la Industria universal en 1851*. Madrid, Sociedad Literaria, 1852; especialmente pág. 242. Sobre la relación de Ayguals con Cobden, ver RUBÉN BENÍTEZ: *Ideología del folletín español. Venceslao Ayguals de Izco*. Madrid, Porrúa y Turanzas, 1979, págs. 91-96.

[69] Para entender las razones del eco internacional de Cobden desde 1845, ver CARLOS MARX: «Tories and wigs», en *Surveys from Exile*, vol. II, de *Political Writings*, edición de David Fernbach para *The Marx Library*. New York, Vintage Books, 1974, págs. 257-258. Ver, además, *Reminiscences of Richard Cobden* por Salis Schwabe. London, T. Fisher Urwin, 1895; se publicó primeramente como Richard Cobden, *Notes sur ses voyages, correspondence and souvenirs*. París, 1879.

7. Sarmiento y los intelectuales españoles

He dejado para el final el estudio de los contactos de Sarmiento con los intelectuales de Madrid para constituir un capítulo ignorado de su vida. Sarmiento cita a las personalidades que conoce en Madrid a través, sin duda, del impresor Rivadeneyra; pero curiosamente se extiende más en relación con aquellas que no trató personalmente. Así, por ejemplo, transmite a su corresponsal la tumultuosa historia de los amores del actor Julián Romea con su mujer Matilde Díez, muy conocida entonces por cualquier aficionado a las tablas. En cambio, apenas si se refiere a Ventura de la Vega, con quien mantuvo por lo menos una conversación, o a Juan José de Mora, a quien conoció en la redacción del *Heraldo*. Esos silencios valen tanto como los recuerdos.

En la misma imprenta del *Heraldo* donde había sido ya impreso o estaba entonces en impresión el primer tomo de la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra, pensaba Sarmiento publicar un folleto sobre la expedición del general Juan José Flórez, ex presidente del Ecuador, de la que nos da sobrada noticia el *Journal des Débats* (14 de octubre), se inserta en el periódico francés una carta de un tal Manuel Borja, refrendada por Flórez mismo, en que se expone el plan de acción expedicionaria y la finalidad perseguida. Se trataba de un desembarco de tropas en Panamá, con apoyo español, para la instauración de una monarquía en la Nueva Granada; una especie de anticipo de la aventura de Maximiliano. Sarmiento procura atacar el proyecto, según informa a Lastarria: «Otro objeto me traía desalado aún, y era la expedición de Flórez al Ecuador; pero en este punto he sido miserablemente *volé,* defraudado.» Al parecer, esperaba que la prensa española saliera a defender o a atacar el proyecto a fin de manifestar su opinión como hispanoamericano; pero ni se dijo nada, ni contó con el esperado apoyo de Mora, enajenado quizá por el tono asaz violento de su crítica de España: «Hubierais visto el inventario hecho por actuación de escribano de su estado social, gobierno, industria, civilización, bellas artes, instrucción pública, comercio, para ver lo que nos iban a llevar estos caballeros con su expedición conquistadora» (148).

Años después, cuando Sarmiento era presidente de la República Argentina, aparece en *La Ilustración española y americana* un suelto firmado por un tal doctor López de la Vega, no sé si emparentado con Ventura de la Vega, que proporciona una cálida semblanza del magistrado argentino basada sobre todo en *Recuerdos de Provincia*. En ese suelto, que nadie ha leído hasta ahora, se afirma lo siguiente: «Cuando Flores estuvo en Madrid, con el propósito de fundar una monarquía en Nueva Granada, según se dijo, poniendo por rey a un hijo de María Cristina, Sarmiento se hallaba en Madrid y *publicó un folleto contra la expedición que intentaba apoyar aquel proyecto.*» No sé si el folleto se editó, como dice el articulista, o si quedó sólo en borradores. De cualquier modo, ese propósito debió determinar un rompimiento de relaciones con los redactores del *Heraldo*.

En la misma nota se nos proporciona otro dato novedoso: «En aquella época —dice el autor del suelto— estaba en grande auge la *Sociedad Literaria* fundada por Ayguals de Izco, de la que fue Sarmiento nombrado miembro y en la que brilló

muchas veces por su genio literario y trato ameno.» [70] Esa *Sociedad* era una mezcla de editorial y de convivio masónico. Fundada por Ayguals y por Juan Martínez Villergas en 1842 publicaba hacia esos años obras populares como *El lenguaje de las flores,* revistas festivas como *La Risa, La Carcajada, El Fandango, El Dómine Lucas;* traducciones de las novelas de Eugène Sue, y obras originales españolas, entre ellas las novelas de Aygual y de Martínez Villergas. En mi libro sobre Ayguals había indicado yo, sin conocer ese suelto de la *Ilustración,* la relación entre *Facundo,* denominado *Tigre de los llanos,* y *El tigre del Maestrazgo,* de Ayguals, aparecido sólo un año después. En ambas obras se simboliza la fuerza de la barbarie en la conducta bestial de los antihéroes (Facundo, Cabrera), mientras que los valores positivos de la civilización se identifican con el narrador mismo.

En noviembre de 1845, es decir, justo un año antes de la visita de Sarmiento, había hablado en los salones de la *Sociedad* el frenólogo catalán Mariano Cubí, para referirse a un sistema propio de escritura que solucionaba los problemas de la ortografía española. Pienso, pues, con fundamento que debió ser en esa Sociedad donde Sarmiento se refirió al mismo asunto. Al parecer, esa charla terminó también de modo poco cordial: «A propósito, una noche hablábamos de ortografía con Ventura de la Vega y otros, y la sonrisa de desdén andaba de boca en boca rizando las extremidades de los labios... ¡Oh! Estuve admirable, y no había concluido cuando todos me habían dado las buenas noches» (148). Ventura de la Vega era una de los miembros de la *Sociedad.*

Faltaba entonces de Madrid Martínez Villergas, exiliado en París por razones que Sarmiento conoce de buena fuente. En el viaje cita su novela *Los misterios de Madrid,* pero sin dar el nombre del autor; en 1882 es mucho más explícito: Martínez Villergas, dice entonces «intentó en España hacer una novela en clave, esos *Misterios,* y desde entonces tuvo que expatriarse por los odios que su ensayo sublevó, acaso con menos razón que lo que se creía» [71].

La *Sociedad Literaria* publica en 1847 las impresiones de Dumas sobre España, traducidas por Ayguals, y con un extenso e impertinente prólogo en que el traductor refuta en tono de violento nacionalismo las observaciones del viajero [72]. Años después, su amigo y colaborador Martínez Villergas hará lo mismo, pero en verso, contra Sarmiento, en el *Sarmienticidio o A mal Sarmiento buena podadera,* aparecido en París en 1853 [73].

Ignoro cuál sería la relación de estos libreros con Rivadeneyra; porque entre libreros andaba el juego. Uno de ellos, Benito Hortelano, que tenía negocio de librería

---

[70] «Don Domingo Faustino Sarmiento. Presidente de la Confederación Argentina», por el doctor López de la Vega, en *La Ilustración Española y Americana,* XV, Madrid, julio 28 de 1870, pág. 232.

[71] En «Leyendas mayas», *Costumbres-Progreso,* tomo LIII de *Obras completas.* Buenos Aires, 1900; pág. 32. La fecha del artículo es la del 25 de mayo de 1882.

[72] «Dumas y sus *Cartas selectas,* o sea, Vindicación de España», en el apéndice a su traducción de la obra de Dumas, *España y Africa. Cartas selectas escritas en francés por Alejandro Dumas...* Madrid, Imprenta de Ayguals de Izco y hermanos, 1847.

[73] *Sarmienticidio o A mal Sarmiento buena podadera. Refutación, comentario, réplica, folleto o como quiera llamarse esta quisicosa que, en respuesta a los Viajes publicados sin ton ni son por un tal Sarmiento ha escrito a ratos perdidos un tal J. M. Villergas.* París, Agencia General de Librería Española y Extranjera, 1853.

en Buenos Aires desde 1849 es, en verdad, el responsable del *Sarmienticidio*. Parafraseo la extensa noticia que nos proporciona Hortelano en sus *Memorias*. Entre las obras que se vendían en su librería, nos dice, figuraban los *Viajes*... de Sarmiento. Un día lo visitan oficiales de un barco español surto en la rada de Buenos Aires para pedirle libros más o menos recientes; Herculano les entrega un ejemplar de la obra de Sarmiento. Días después regresan los mismos oficiales para invitar a Herculano a cenar en el barco; transponen el río en bote y el librero encuentra a bordo una cena ceremoniosa y extraña al cabo de la cual el comandante, señor Pita, increpa al súbdito español por difundir libro semejante. Herculano se encuentra bajo bandera española y en situación de cierto riesgo; el mismo Pita le propone el arreglo: «Usted es amigo de Villergas; voy a hacer una proposición. Pido que el señor Herculano escriba a Villergas para que con su satírica pluma haga una refutación a los *Viajes* de Sarmiento y que el importe de la edición sea costeado entre los oficiales de la estación española en el Río de la Plata.» [74] El asustado Herculano los releva de gastos encargándose él mismo de pagar la edición y manda en tal sentido una carta a Martínez Villergas, con un ejemplar del libro, por intermedio de Nicolás Soraluce, un conocido que viajaba a París en esos días; a los cuatro meses le llegan quinientos ejemplares que difunde entre los enemigos de Sarmiento. Martínez Villergas, desde entonces, «se contó por *sarmienticidio,* entre los santos del calendario federal» [75].

Martínez Villergas habla, pues, de Sarmiento por boca de otros. Lo que no le impide caracterizarlo física y moralmente: «Parece que es usted corto de talla, pero gigante en la ambición de gloria» (pág. IV). Critica en el libro el galicismo mental e idiomático, ciertos errores de información e inexactitudes de lenguaje como esa *hecatombe* de generales. Halla cierta calidad literaria en la descripción de los toros. Niega el encuentro de Sarmiento con su compatriota Ventura de la Vega, de acuerdo con el testimonio de De la Vega mismo. Ya hemos visto, con la comprobación del *Diario de Gastos,* cómo y cuándo se verificó ese encuentro.

Cuatro años después del *Sarmienticidio,* en 1857, Sarmiento menciona a Martínez Villergas entre sus detractores; y al observar en 1858 el extraordinario éxito editorial del libelo (que lleva ya ocho ediciones) afirma con razón que es mérito propio el hacer famosos a los enemigos [76]. Diez años después se disculpa todavía de los errores señalados por Villergas:

> «Sus críticas versaron, como se sabe, sobre el estilo castizo, francesismo y verdad de ciertos hechos. Un amigo mío ganaba cien pesos para corregir los *Viajes* en cuanto a la dicción, por ser tenido como hablista. Si no supo o no quiso llenar su deber, debió por lo menos salir a la defensa de la obra y aceptar la responsabilidad que era suya. [77]

Considera en otro lugar que la reacción de Villergas es la típica del español «que

---

[74] *Memorias de Benito Hortelano (Parte argentina). 1849-1860.* Buenos Aires, Eudeba, 1973, págs. 125-128.

[75] SARMIENTO: «Una crítica española», en *Ambas Américas,* tomo XXIX de las *Obras completas.* Buenos Aires, 1899, pág. 340.

[76] Carta en *Escritos diversos,* tomo LII de las *Obras completas,* págs. 107 y 176.

[77] Carta de marzo 22 de 1868; se recoge en *Memorias,* tomo XLIX de *Obras completas,* págs. 269-270.

se siente atacado en su dominio si el escritor americano escribe en la lengua del americano» [78]. Textos interesantes que evidencian la posición de Sarmiento frente a las peculiaridades idiomáticas americanas y al concepto de corrección académica.

En 1876, cuando ya se había retirado de la presidencia, recibe Sarmiento la inesperada visita de Martínez Villergas, expatriado de España a Cuba y de Cuba a Buenos Aires. De inmediato escribe a Lastarria: «¿No es curioso que la carta que os escribí durante mis viajes, me traiga a Villergas treinta años después a recordar el *Sarmienticidio*? Brava podadera, a fe mía que sería de desearla, para extirpar malos sarmientos, en los que se quedan parrones por no haber sufrido eliminaciones tan oportunas.» Y agrega luego detalles sobre ese *pobre godo* expulsado de España y La Habana y sobre la reacción de los porteños en contra del sarmienticida [79]. Lastarria le responde señalando el placer que advierte en Sarmiento al «habérselas con el godo Villergas y en largarle una polla de gaucho llena de pullas». Aconseja a su amigo: «*Echele un pial* en mi nombre a ese godo y no lo toméis nunca a lo serio.» [80]

Pero Sarmiento lo ha tomado siempre a lo serio; la crítica de Martínez Villergas lesionó profundamente su vanidad. Y ha contribuido, al mismo tiempo, a mantener siempre en memoria de sus lectores, esa carta de viaje, nada trivial, pero algo escrita al correr de la pluma. Cinco años antes de morir, en 1883, Sarmiento pronuncia un discurso en el Hospital de la Caridad de Buenos Aires, y dice entonces, con no disimulado orgullo, estas palabras que son también sus palabras finales sobre este asunto: «Críticos españoles han declarado una de las más gráficas descripciones de los toros reales de España, la que se encuentra en *Viajes por Europa, Africa y América,* superior a la que de las mismas fiestas presididas por la reina dieron Alejandro Dumas (padre) y Teófilo Gautier, y he visto reproducidas en francés y en inglés en estos últimos tiempos. La razón es clara. *Nosotros somos más bárbaros que los franceses y para describir cornadas cuanto más bárbaro es el escritor tanto mejor.*» [81]

RUBÉN BENÍTEZ
Univ. of California
Dpt. of Spanish
LOS ANGELES, Cali. 90024 (USA)

[78] En el citado artículo «Una crítica española», pág. 319.

[79] *Correspondencia entre Sarmiento y Lastarria (1844-1848)*, anotada por María Luisa del Pino de Carbone. Buenos Aires, 1954; pág. 94; la carta está fechada el 10 de enero de 1876.

[80] *Op. cit.*, carta del 3 de febrero de 1876, pág. 101.

[81] «Discurso en la inauguración del Hospital de Caridad», 25 de noviembre de 1883, en *Discursos populares, Obras completas,* tomo XXII (1899), págs. 202-207.